



## PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.  
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 14 DE MAYO DE 1882.

NÚM. 18.



1.—Traje de visitas. Espalda.

3.—Traje de desposada. Delantero.  
(Véase el dibujo 60.)  
(Explíc. y pat., núm. II, figs. 5 á 9 de la Hoja-Suplemento al presente número.)

2.—Traje de visitas. Delantero.



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

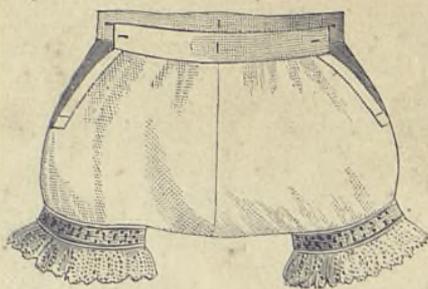
Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

SUMARIO.

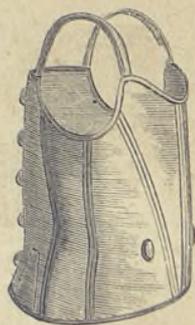
1 y 2. Traje de visitas.—3 y 69. Traje de desposada.—4 á 43. Ropa blanca para niños pequeños.—44 y 45. Traje de granadina.—46 á 54. Sombreros de primavera y verano.—55 á 68. Trajes para niñas y niños.  
 Explicación de los grabados.—Rosario y Linda, por D. E. de Lustonó.—Dos Angeles, historia vulgar (continuación), por D. Eusebio A. Escobar.—El Amor y la virtud: A. M. S. J., poesía, por D. José Jackson Veyan.—Revista de modas, por V. de Castelfido.—Explicación del figurín iluminado.—Suelos.—Geroglífico.

Traje de visitas.—Núms. 1 y 2.

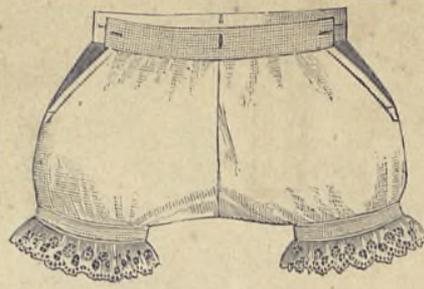
Este traje es de raso verde oscuro y bordado sobre raso igual. Delantero: falda compuesta de bullones ajaretados, con volante bordado, y tableado de raso en el borde inferior.



4.—Pantaloncito.



8.—Corselito.



5.—Pantaloncito.

trones de este traje, véase el núm II, figs. 5 á 9 de la Hoja Suplemento al presente número.  
**Ropa blanca para niños pequeños.**  
 Núms. 4 á 43.

Núm. 4. *Pantaloncito cerrado para niños pequeños.* Este pantaloncito va montado sobre un cinturón ancho con jareta y abrochado en las caderas. Los pernils consisten en una tira ancha y un volantito bordado.

Núm. 5. *Pantaloncito.* Se hace del mismo modo que el anterior, pero se pone un entredós en vez de la tira.

Núm. 6. *Botita de lana.* Sirve para los niños cuando se les pone de corto.

Núm. 7. *Zapato descubierto.* Es de raso, paño ó piqué.

Núm. 8. *Corselito de dril para bebés.* Es de forma recta y va un poco escotado en la cadera.

Núm. 9. *Corselito de dril para*



9.—Corselito.



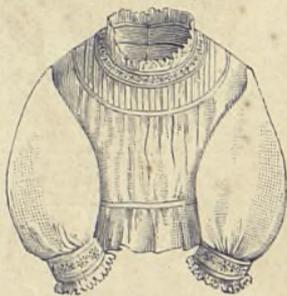
6.—Botita de lana.



7.—Zapato.



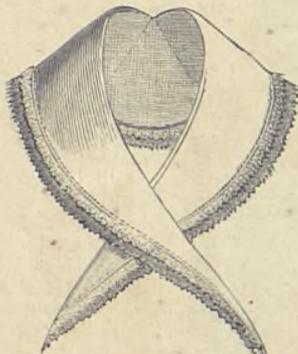
16.—Camisolin.



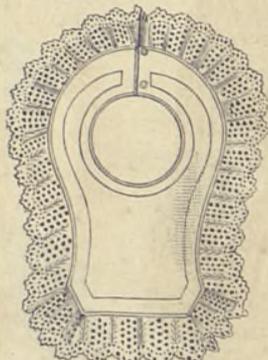
13.—Camisolin.



10.—Pañal-pantalon.



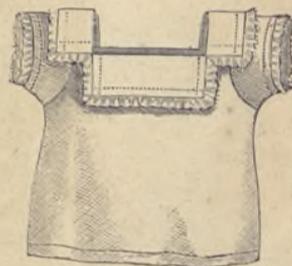
11.—Fichú pequeño.



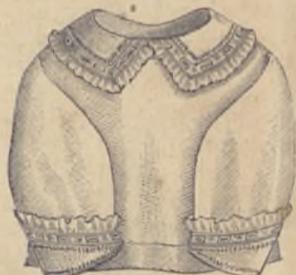
12.—Babero.



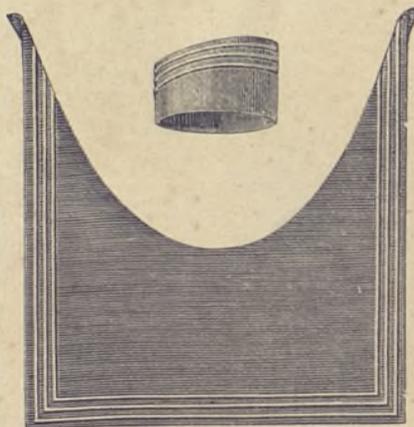
25.—Vestido de nansuk.



14.—Camisa inglesa.



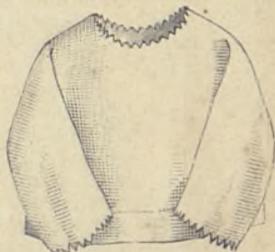
15.—Camiseta de piqué.



24.—Cuello y puño de dril inglés.



18.—Camisolin.



13.—Camisa-chambra.



21.—Dormilona.



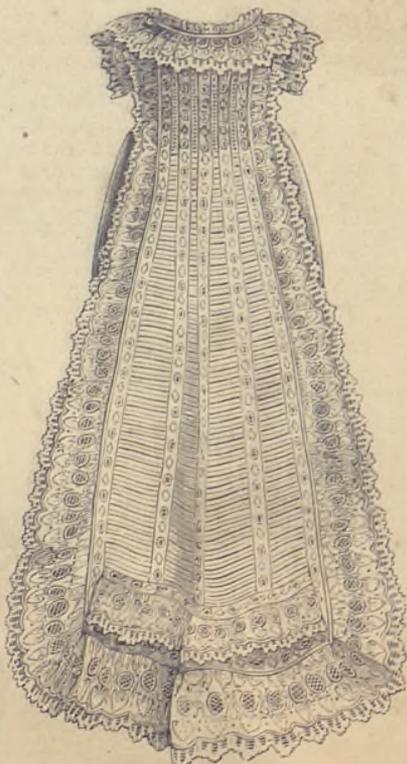
20.—Vestido semi-largo.

Sobrefalda de bordado. Corpiño de raso, con aldetas de tres bieses, formando punta, y *paniers* bordados. En el pecho, dos hileras de bordado, rodeadas de un biés, que forma punta por abajo del corpiño. Mangas ajustadas, con carteras de raso fruncido y bordado.

Espalda: falda redonda, sobre la cual el raso y el bordado vienen á formar un *pouf* largo, con un lazo grande de raso por encima. Este mismo traje puede ejecutarse, enteramente igual, de cachemir bordado.

Traje de desposada.  
 Núms. 3 y 69.

Para la explicación y pa-



22.—Vestido de cristianar.



23.—Capita.  
 (Explic. y pat., núm. III, figs. 10 á 13 de la Hoja-Suplemento.)



19.—Vestidito de dormir.

niños pequeños. Es recto por delante, y un poco ceñido por debajo de los brazos y por detrás, y va provisto de botones para sujetar las enaguas, y de hombreras de elástico.

Núm. 10. *Pañal-pantalon*, de franela y piqué, para la segunda edad.

Núm. 11. *Fichú pequeño.* Es de nansuk, y va adornado de encaje.

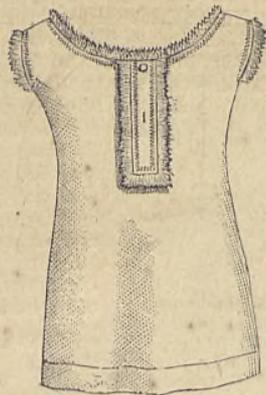
Núm. 12. *Babero de piqué*, adornado con un bordado fino á la mano.

Núm. 13. *Camisa-chambra.* Es de lienzo ó batista, festoneada á la mano, y sirve para niños de la primera edad.

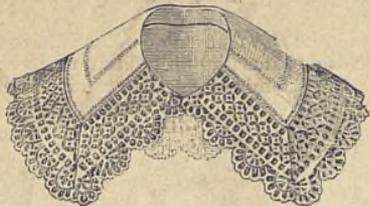
Núm. 14. *Camisa inglesa.* Esta camisita va adornada de encaje



26.—Delantal inglés, alto. (Explic. y pat., núm. V, figs. 19 á 23 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Camisita. (Explic. y pat., núm. VI, fig. 24 de la Hoja-Suplemento.)



40.—Cuello de cañamazo.



41.—Puño de cañamazo.



28.—Vestidito de debajo.



29.—Otro vestidito de debajo.



30.—Vestidito inglés.



31.—Vestido escotado.



32.—Delantal de nansuk.

Núm. 15. *Camiseta de piqué*, para niños de la primera edad. Cuellecito y carteras con bordados.

Núm. 16. *Camisolin sencillo de uansuk*. Formatablitas, y va adornado con un encaje de Valenciennes en el cuello y en las mangas.

Núm. 17. *Otro camisolin de nansuk*, para niños de la primera edad. Una jareta lo ciñe ó lo afloja, y permite el vestir al niño, según la estación, sin que el camisolin esté demasiado ancho ni demasiado estrecho.

Núm. 18. *Camisolin de nansuk*, con tablitas. Peto todo de bordado fino, hecho á la mano.

Núm. 19. *Vestidito de dormir*, de percal fino. Corpiño fruncido, con canesú. Mangas fruncidas.

Núm. 20. *Vestido semi-largo*, de tela fina y clara. Corpiño inglés alto, mangas cortas, cinturón ancho de la misma tela, anudado por detrás.

Núm. 21. *Dormilona* (especie de capelina), de franela blanca, festoneada de seda color de rosa, azul ó blanca.

Núm. 22. *Vestido de cristianar*, de nansuk muy fino. El delantal va adornado de tablitas al sesgo, que alternan con



44 y 45.—Traje de granadina. Delantero y espalda. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 4 de la Hoja-Suplemento.)

entredoses bordados. Se pone también un bordado en las mangas cortas y en el escote.

Núm. 23. *Capita*, de lana forrada de seda y algodón. Véase la explicación y patrones de esta capita en la *Hoja-Suplemento* al presente número (número III, figuras 10 á 13).

Núm. 24. *Cuello y puño de dril inglés*, azul ó blanco, que se lleva especialmente sobre el traje marino ó el traje de lienzo. Conviene sobre todo para los niños, y se lava perfectamente.

Núm. 25. *Vestido de nansuk*, semi-largo, para niños de 4 á 12 meses. Un bordado ancho adorna la falda. Corpiño escotado, con adornos de entredoses. Cinturón ancho de raso.

Núm. 26. *Delantal inglés, alto*. Cuello, bolsillos y mangas guarnecidas de bordados. Explicación y patrones, núm. V, figs. 19 á 23 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Núm. 27. *Camisita*. Para la explicación y patrones, véase el número VI, fig. 24 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

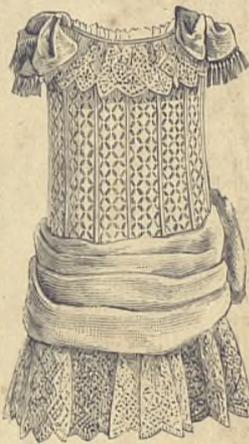
Núm. 28. *Vestidito de debajo*. Este vestido lleva laditos y va adornado de un volante



33.—Delantal escotado.



34.—Vestidito.



35.—Vestido inglés.



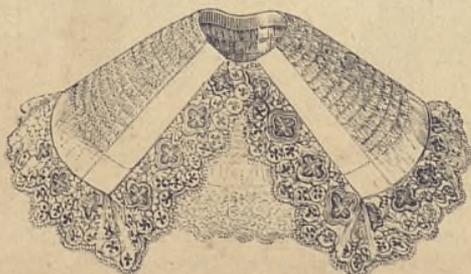
36.—Vestido de mañana.



37.—Delantal escotado.



43.—Puño adornado de guipur de Irlanda.



42.—Cuello adornado de guipur de Irlanda.



38.—Vestido semi-largo.



39.—Paletó. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 14 á 18 de la Hoja-Suplemento.)

hecho con entredoses bordados, cuyo volante forma como una enagüita. La tira del cuello y las mangas cortas van adornadas con un bordado blanco.

Núm. 29. *Otro vestido de debajo*. Es de la misma forma que el anterior, sin más diferencia que en los adornos.

Núm. 30. *Vestido inglés*, de nansuk claro y entredoses de bordado á la mano, para niños de 18 meses á 2 años.

Núm. 31. *Vestido escotado*, de nansuk y bordado inglés, entredoses y dos volantes de lo mismo.

Núm. 32. *Delantal de nansuk*. Tablitas y entredoses de bordado fino. Berta plegada. Borde inferior de la falda y mangas con bordados.

Núm. 33. *Delantal escotado*, hecho de tela blanca y fruncido en el escote y en la cintura. Mangas que se abrochan en el hombro. Va adornado con un bordado en el escote, en las mangas y en los bolsillos.

Núm. 34. *Vestido sencillo de nansuk*. Cuerpo de tablitas. Dos volantes de bordado inglés. Esta forma puede llevarse sin cinturón.

Núm. 35. *Vestido inglés, lujoso*, todo bordado á la mano, para niños de 18 meses á 4 años. El cuerpo se compone de entredoses reunidos con un punto inglés. Falda hecha con un volante ancho. Este vestido se lleva sobre un transparente de *surah* blanco, azul ó color cereza. Una faja y lazos en los hombros, de *surah* ó raso, completan los adornos.

Núm. 36. *Vestido de mañana*. Es de tela inglesa, y sirve para niños de 15 meses á 3 años. Pliegues huecos por delante y por detrás. Cinturón redondo. Bordado inglés en el cuello, en las mangas y en el borde inferior de la falda.

Núm. 37. *Delantal escotado*. Berta plegada y correas formando cinturón con bordados.

Núm. 38. *Vestido semi-largo*, de tejido de cañamazo, que se lava perfectamente. Corpiño enteramente plegado. Bordado en el escote, en las mangas y en el borde inferior. Este vestido es á propósito para niños de 6 á 15 meses.

Núm. 39. *Paletó*, hecho de un tejido de granito inglés, que se lava perfectamente y sirve para niños de 1 á 3 años. Para la descripción y patrones, véase el núm. IV, figs. 14 á 18 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Núms. 40 y 41. *Cuello y puño* de cañamazo ó batista, adornados de un bordado ancho y punto inglés.

Núms. 42 y 43. *Cuello y puño* de batista fruncida, adornados de guipur de Irlanda.

Traje de granadina. — Núms. 44 y 45.

Para la descripción y patrones de este traje, véase el número I, figs. 1 á 4 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Sombreros de primavera y verano. — Núms. 46 á 54.

Núm. 46. *Sombrero de paja fina* color de tabaco, guarnecido de encaje y faya del mismo color, con guirnalda de ca-

pullos de margaritas y botones de oro, que viene á caer sobre la brida.

Núm. 47. *Capota florida*, toda de Valenciennes color crema. El borde es de reseda y hojas, un ramo de rosas matizadas en el lado izquierdo. Bidas de terciopelo algarroba.

Núm. 48. *Capota parisiense*, de cuentas negras. Esta ca-

sas de su color. El borde es de terciopelo negro, con bolitas de azabache. Bidas de raso negro.

Núm. 51. *Sombrero de encaje ficelle*, sobre transparente verde aceituna. Los adornos consisten en violetas naturales de dos matices. Bidas de terciopelo verde.

Núm. 52. *Sombrero forma Capello*, de paja beige y guarnecido de terciopelo verde jaspeado, con ramo de frutas del mismo color en el lado izquierdo.

Núm. 53. *Sombrero Leonor*, todo de encaje, cuentas color de rubí y plumas color de ca-maron.

Núm. 54. *Sombrero de paja negra*, con borde de terciopelo y oro. Tres plumas, granate claro, van puestas casi en medio de la copa.

Trajes para niñas y niños. — Núms. 55 á 68.

Núms. 55 y 56. *Pardesús para niños pequeños*. Este *pardesús* es de lanilla blanca y va puesto sobre un vestido de bordado blanco. Pliegues huecos y lazo de raso por detrás. Adornos de guipur.

Núms. 57 y 58. *Pelliza de lana blanca* de granito. Pliegues echados en medio, de arriba abajo de la falda. Fruncidos en la cintura.

Esclavina fruncida, que se quita cuando se quiere. Bolsillos grandes. Chaleco con una sola hilera de botones.

Núms. 59 y 60. *Paletó con esclavina*, para niñas de 4 á 7 años. Este paletó, de paño liso, se compone de una falda fruncida, abrochada con una sola hilera de botones, y una esclavina. Bolsillos y cuello de terciopelo. La esclavina va fruncida y se quita á voluntad. Lazo de cinta en el cuello y en la cintura, saliendo de debajo de cada bolsillo.

Núm. 61. *Pelliza rusa* para niñas de 7 á 10 años. Se hace esta confeccion de lanilla inglesa. Fruncidos en la cintura, y esclavina también fruncida, que se quita á voluntad. Cinturón de la misma tela. Va cruzada por delante con dos hileras de botones. Lazo de cinta en el cuello.

Núm. 62. *Vestido para niñas de 7 á 8 años*. Es de poplin de Irlanda. Corpiño un poco flotante. Falda plegada. Banda adornada de guipur y anudada en el lado izquierdo.

Núm. 63. *Paletó para niñas de 7 á 9 años*. Este paletó es de paño beige. Bolsillos, carteras, cuello y esclavina grande de terciopelo núa. La esclavina se quita á voluntad y va fijada con un broche de acero.

Núms. 64 y 65. *Vestido para niños de 2 á 3 años*. Este vestido, que es de gro, va escotado, con mangas cortas, y lleva tres pliegues huecos en cada lado, formando la falda. Los adornos son de guipur, y lazo de cinta de gro.

Núm. 66. *Traje Luis XV, para niños de 3 á 5 años*. Es de pañete azul marino. Paletó con chaleco guarnecido de galones blancos. Falda plegada por detrás y en los costados.

Núm. 67. *Traje para niñas de 10 años*. Este traje es de siciliana y se compone de un chaqué largo, que va cruzado por delante con dos hileras de botones y forma faldones de



48.—Capota parisiense.  
51.—Sombrero de encaje ficelle.

50.—Capota de paja inglesa.  
54.—Sombrero de paja negra.

46.—Sombrero de paja fina. 49.—Sombrero criolla. 47.—Capota florida.  
52.—Sombrero forma Capello. 53.—Sombrero Leonor.

pota va guarnecida de un ramo de rosas de rey. Bidas de terciopelo negro.

Núm. 49. *Sombrero criolla*, de paja inglesa negra, adornado con una pluma larga. Una espiga de oro, formando abrazadera, va puesta sobre un lazo de raso negro.

Núm. 50. *Capota de paja inglesa*, negra, adornada de ro-

de 3 á 5 años. Es de pañete azul marino. Paletó con chaleco guarnecido de galones blancos. Falda plegada por detrás y en los costados.

Núm. 67. *Traje para niñas de 10 años*. Este traje es de siciliana y se compone de un chaqué largo, que va cruzado por delante con dos hileras de botones y forma faldones de



55 y 56.—Pardésús para niños pequeños. Delantero y espalda.

57.—Pelliza. Espalda.

59.—Paletó con esclavina. Delantero.

61.—Pelliza rusa.

60.—Paletó con esclavina. Espalda.

58.—Pelliza. Delantero.



62.—Vestido para niñas de 7 á 8 años.

63.—Paletó para niñas de 7 á 9 años.

64.—Vestido para niños de 2 á 3 años. Espalda.

65.—Vestido para niños de 2 á 3 años. Delantero.

66.—Traje Luis XV. para niños de 3 á 5 años.

67.—Traje para niñas de 10 años.

68.—Abrigo para niñas de 6 á 8 años.

frac en la espalda, y de una banda de *surah* ancha, con fleco, que se anuda por debajo de los faldones. Cuello abierto de *surah* igual á la banda.

Núm. 68. *Abrijo para niñas de 6 á 8 años.* Es de paño inglés ó tela escocesa, y va cruzado por delante con dos hileras de botones. Capucha forrada de seda, que se quita á voluntad. Cuello estrecho. Este abrijo conviene principalmente para viaje y paseos en el campo.

## ROSARIO Y LINDA.

### I.



— ¡Viene alguien á buscarme, di que no estoy en casa; tengo que hacer y quiero estar solo.

— ¡Ahí está un caballero, que desea hablar con usted.

— ¡Voto al diablo! ¿No te he dicho que no recibieras á nadie?

— El caballero que espera es el señorito Fernando de....

— ¡Ah! — exclamé con alegría. Dile que éntre al momento.

Fernando y yo nos habíamos criado juntos; éramos más que amigos, hermanos, y habían pasado quince años desde el día de nuestra separación.

La alegría y la sorpresa que nos causó el vernos el uno frente al otro no puede describirse; si nuestras almas no hubiesen sido las mismas, nos hubiéramos hablado como dos desconocidos; el hombre exterior, tanto en él como en mí, habían variado por completo. Pero el espíritu atraviesa fácilmente la materia y el espacio. Cinco minutos despues de abrazarnos volvíamos á ser los compañeros de colegio, con nuestras cabezas calvas y nuestro aire de hombres de mundo.

A dos camaradas que se encuentran despues de quince años de separación, en una tarde lluviosa y al lado de una chimenea *confortable*, y que encienden un par de cigarros, les ha caído ya tela que cortar para tiempo.

Recordamos los días de nuestra niñez; las diabluras de la Universidad; nos preguntamos recíprocamente por los compañeros de la clase; hablamos de nuestra posición social, de nuestra fortuna, del siglo, de la tendencia de la época, de historia, de filosofía, de política, etc., etc.

Dos amigos de la infancia, dos almas que han estado juntas por espacio de muchos años, se adivinan bien pronto. Con una frase, con una palabra, nos entendíamos; á los pocos instantes de estar juntos sabíamos ya cómo pensaba cada uno de las cosas y de los hombres que habían pasado por delante de nuestra imaginación rápida y fugazmente, como pasan las figuras por el disco de una cámara oscura.

Fernando me miró de pronto, con la atención del que va á ocuparse de un asunto grave, y me dijo:

— ¿Te has casado?

Hice un movimiento negativo de cabeza.

— ¿Y tú?

— He estado en peligro — me contestó.

Nos miramos frente á frente. Hé aquí, nos dijimos sin hablarnos, la parte seria de la vida: ciencia, filosofía, historia, literatura, política, ¿qué valen tus arcanos al lado de los misterios, de los bienes y los males que encierra esta frase:

¡Una mujer!?

— Cuéntame, hombre, cuéntame....

Fernando movió los leños de la chimenea, encendió el cigarro, que se le había apagado, y hétenos aquí en el lleno de una entrevista de verdaderos amigos, en una conferencia de amores.

— Tú sabes — me dijo Fernando — lo que yo era á los veinte años; mi alma rebosaba ternura; el mundo era para mí un paraíso; cualquiera hubiera creído que amaba á todas las mujeres, porque amaba á una sola, á una, tipo ideal, que sólo existía en mi imaginación, y que creía encontrar cada hora, cada día, cada momento; pasaba por un calavera, justamente porque no tenía nada de calavera; afectaba indiferencia, siendo, sobre todo, pasión; fingía escepticismo y creía hasta en los cuentos de las viejas; era, en una palabra, un hombre niño. Devoraba la existencia en la orgía, en el juego, en los placeres; creía que de este modo ocultaba á todo el mundo el sentimiento que me dominaba, la verdadera naturaleza de mi alma. Si me preguntas por qué hacia todo esto, te diré que no lo sé; creo que lo hacia por parecer hombre, porque me daba vergüenza de que una sola persona conociese el fondo de mi corazón.

En poco tiempo me creé un carácter. Era un calavera en regla; todo el mundo me veía por fuera; nadie me conocía; tú solo, si hubieras estado á mi lado, habrías adivinado la verdad; tú te hubieras reído de mí. Tuve amores vulgares; conocí mujeres que no merecían el sentimiento que me inspiraban, y así seguí los primeros pasos de la vida, guardando dentro del alma, para un día, el inmenso tesoro de amor con que Dios la había dotado.

### II.

Una noche fui al teatro, estando en <sup>ooo</sup>, y entré en un palco que teníamos abonado varios amigos, varios camaradillas de peine. Aquel palco era el campo de nuestras conquistas; allí nos presentábamos todas las noches en el brillo de nuestro más radiante esplendor; allí nos burlábamos del mundo entero; yo era el jefe de los murmuradores, de los Lovelace, de los D. Juan; mi destino sólo podía compararse con la bola que rueda por una superficie pulida, que nadie sabe dónde para hasta llegar á los bordes que la detienen; los bordes de la superficie por que rodaba mi existencia eran el amor de mi madre y las leyes del honor.

En aquella época tenía yo pasión por los perros, los caballos y la caza; toda locura me seducía; un peligro tenía para mí el atractivo de una verdadera fiesta; he respetado siempre á los hombres, y me han inspirado un profundo

desprecio los duelistas; pero correr á caballo, saltar, domar, ó mejor dicho, resabiar un potro en pocas horas, eran mis delicias.

Un hombre que no sabe exponer su vida por una broma, por una apuesta ó por el capricho de una coqueta, era á mis ojos el ser más egoísta y repugnante.

Una noche, como te iba diciendo, entré en el teatro; veníamos de cazar, y mi perra favorita se había venido conmigo; me senté en el palco; la perra se subió en un cojín, y se colocó á mi lado; era una de las noches en que, como decían mis amigos, estaba picado de la vibora. El palco era un verdadero infierno; todo era broma y risa; no dejábamos oír la ópera; mi perra quería ladrar á los cantantes; ni los perros pueden resistir, dije, los amores de un tenor: la ópera que se ejecutaba era *Lucia*, y mi perra, al llegar á la romanza, se puso furiosa; me divertía mucho la ira y el susto que le inspiraban las sentimentales frases de Edgardo, y en un arranque de entusiasmo cogí la perra y la di un beso: «Si tú hubieras sido *Lucia*, exclamé en alta voz, no hubieras sido débil, no hubieras olvidado ni por un momento á tu amante; yo, les dije á mis amigos, me volvería loco de amor si hubiera una mujer en el mundo con el alma de esta perra.»

En aquel momento sentí á mi espalda el crujido de la seda del traje de una mujer que se levantaba.

Mis amigos fijaron la vista en el palco de al lado.

Yo comprendí que había dicho una grosería, y me avergoncé de mis palabras.

### III.

Cinco ó seis días despues de este fracaso de galantería entré en mi casa una mañana Ricardo y me dijo:

— ¡Hombre! ¿Qué le has hecho á....?

— No lo sé; no la conozco — le contesté; — pero ¿por qué me lo preguntas?

— He ido anoche á visitar á las de <sup>ooo</sup>, que están abonadas junto á nuestro palco, y me han dicho perrerías de tí; Rosario, sobre todo, estuvo famosa; es imposible mujer más discreta para poner en ridiculo á un hombre. No he podido defenderte.

— ¿Y quién es Rosario? — le repliqué.

— Rosario es una criatura lindísima, prima de las de <sup>ooo</sup>, en cuyo palco se encontraba la última noche que se cantó *Lucia*, la noche que no nos dejaste parar con tu dichosa perra.

— Ya caigo — dije; — y me acordé de la manera airada con que se había levantado de su asiento aquella mujer que Ricardo encontraba tan linda, comprendiendo al momento la justa causa del encono que había manifestado en contra mía, y que mi amigo no acertaba á explicarse.

Inútil es asegurarte que aquella noche estaba yo en el teatro antes que se levantase el telon; deseaba conocer á mi terrible detractora.

Un momento despues entré en su palco; era un ángel de hermosura; es imposible nada más despreciativo que la manera como paseó su mirada sobre mí.

— ¡Cuánto me odia! — dije hablando conmigo mismo con cierta alegría.

Si te ha odiado alguna mujer que hayas encontrado bella, la experiencia te habrá enseñado al poco tiempo el motivo de mi júbilo.

Sus desdenes duraron tres meses, en los cuales yo varié por completo de vida; luego las cosas se fueron cambiando poco á poco: empecé por buscarme con la vista cuando yo no entraba en el palco; al ponerse el abrijo al salir, volvía la vista hacia el foro, y nuestros ojos se encontraban. Llevé otra noche la perra al teatro, y en tres ó cuatro días no pude conseguir que la mirada de mi bella se fijase en la mía.

Aquellos monos platónicos, aquellos celos de tan baja estofa, eran mis delicias; la verdadera pasión es un conjunto de cosas triviales y sublimes. ¡Desdichados de los que no saben ó no pueden saborear los placeres de una ridiculez de amor!

Al fin nos hablamos, nos conocimos y nos amamos. Al ménos, yo así lo creía. Vivía por ella y para ella; era feliz cuando le recordaba el juicio que había formado de mí, y cuando me decía ruborizándose: «Perdóname; me había engañado.» Rosario era más mujer que las demas mujeres: adulada por todo el mundo, idolatrada por su padre, había vivido como crece una flor en un invernáculo, como vive una reina en su corte. Mi alma encontraba en ella el amor ideal, la mujer con que todos hemos soñado cuando niños.

¡Si tú vieras la delicadeza, la coquetería con que me exigió que olvidase mis perros y mis caballos, sobre todo aquel pobre animal que en mal hora había llevado al teatro!

Entonces cometi la primera ingratitud de mi vida: la pobre *Linda*, mi perra favorita, salió desterrada; la mandé al campo y la olvidé por completo; si hubiera estado en su mano, Rosario me hubiera separado hasta de mi madre.

Un año despues me puse enfermo; antes de conocerla había dado una gran caída de mi caballo, y cuando ya me consideraba completamente restablecido, empecé á echar sangre por la boca; mi madre se asustó mucho, y los médicos me mandaron mudar de vida y de aires.

¡Separarme de Rosario! Esto era para mí mil veces peor que la muerte. ¡Cómo vivir sin verla! ¡Cómo pasar los días enteros sin que sus ojos se fijasen en los míos, sin escuchar su voz, sin ser víctima de sus caprichos, de sus celos, de sus quejas casi infantiles!

Ni una vez siquiera pasó por mi mente la idea de que pudiera olvidarme. Yo consideraba á Rosario como un pedazo de mí mismo. ¿Quién ha podido pensar nunca que se olvide uno de su propia alma? Como el Manfredo de lord Byron, encontraba en mi Condesa Astharte el reflejo de mi propio espíritu.

Pero era absolutamente necesario separarnos; me aniquilaba por instantes; me moría de consunción; estaba casi tísico; mi madre pasaba las noches llorando. «Esos malditos amores, me decía, concluirán contigo; esa mujer no te quiere.»

Ella misma me exigió al fin el sacrificio, y me decidí á emprender el viaje; nuestra separación no se pareció á la separación de otros amantes. Ni una promesa, ni un juramento. ¡Promesas! ¡Juramentos! ¿Para qué?... El olvido no cabía en nuestras almas.

Sólo pensamos en los medios de saber el uno del otro, en la manera de dirigirnos las cartas, mandarnos libros y flores; á mí me gustaba mucho el olor que ella usaba; cada dos días me prometió enviarme un pañuelo que hubiese estado antes en sus manos.

Durante los primeros días de mi estancia en el campo recibí una carta diaria; algunos días, dos; me contaba su vida, con los más pequeños incidentes; no había hecho, palabra ni pensamiento en que no se reflejase mi amor; entónces me convencí de cuánto me amaba aquella criatura celestial.

La antigua desterrada, la pobre *Linda*, volvió á ser mi compañera inseparable; vivía á mis piés, no se separaba de mí un momento, y eso que jamás le hacía una caricia; me parecía que con sólo mirarla ofendía la memoria de mi amor.

Mi madre, que conocía esta historia, se reía de mí y me decía en són de burla: «Así concluyen los leones.»

Pasaron días y días, y volví á recaer; el otoño se adelantaba, y el frío, precursor del invierno, que se hacía sentir, me taladraba el pecho. Las cartas de Rosario habían variado de forma; encontraba siempre en ellas las mismas protestas de amor, pero eran más lacónicas; ya no me daba detalles de su vida; su padre, me decía, la obligaba á ir al paseo y al teatro; sus primas no la dejaban un momento sola; concluyó por escribirme cada dos días; luego, cada tres; algunas veces, despues de estos horribles intervalos, recibía dos ó tres cartas juntas, de lo cual, segun ella, tenía la culpa nuestro *Mercurio*, que no iba al pueblo inmediato todos los días en el momento en que llegaba el correo.

Llamé á mi criado y le reprendí; él me aseguró que no era suya la culpa; que desde el primer día había ido á la misma hora. Esta contestación me puso furioso; le llamé bergante, embustero, y mandé que se dedicase á las faenas de la labor, poniendo en camino á mi ayuda de cámara. Al pobre viejo, gracias á Rosario, lo convertí en postillon.

Una mañana vino á verme Ricardo; iba á cazar al soto inmediato, y quería almorzar con mi madre y enterarse del estado de mi salud; despues de unos cuantos meses que no nos habíamos visto, me fué muy agradable su visita. Me habló de los amigos, del teatro, del casino y de Rosario; pero de ésta, con cierta reserva, me dijo que estaba buena, que había bailado con ella no hacía muchas noches en casa de la Duquesa de M.... y que le había preguntado por mí.

Rosario en sus cartas no me había hablado de aquel baile.

Ricardo, antes de irse, me dijo que quería llevarse la *Linda*; que su perro estaba cojo, y que sin perro no se iba á divertir en el soto.

— Me alegro que te la lleves — le dije — porque éste pobre animal, con mis dichosos males, está encanijado; se va á morir de tristeza; no sé el tiempo que hace que no ve el campo; ni de día ni de noche se separa de mí.

Cogió Ricardo la escopeta y llamó á la perra; pero apenas llegó á la puerta de la habitación en que estábamos, cuando el pobre animalillo, todo asustado, se volvió atrás y se metió debajo de una silla, mirándome con gran temor. Le amenacé, le pegué, pero todo fué en vano; *Linda*, pegada al suelo, aguantaba los golpes y me lamía el mismo pié con que le hacía daño; entónces recurrí á otro arbitrio; tomé la escopeta de manos de Ricardo, y me puse en actitud de partir. *Linda* se volvió loca de júbilo; saltó, brincó, ladró, corrió, como fuera de sí, me mordía, me besaba, se subió en las faldas de mi madre y le lamía la cara.

— ¡Bah! — le dije á Ricardo alargándole la escopeta — toma, que ahora ya te seguirá.

En el momento que Ricardo cogió la escopeta, *Linda* se metió de nuevo debajo de la silla; todas las caricias de Ricardo fueron inútiles; parecía que estaba pegada al suelo.

— Déjala, chico — le dije; — está perdida, engatada, dale un puntapié.

— ¿Quién sabe? — me contestó. — En llegando al monte, tú la conoces; en oliendo un rastro, ya verás; llamó á su criado, ataron á *Linda* y se la llevaron.

— Que te diviertas.

— Adios.

— Adios.

### IV.

Mi viejo *Mercurio* entró con una carta. Era de ella; la abrí con la misma ansiedad, con el mismo amor con que había abierto la primera; al leerla me quedé helado.... Rosario se iba á Francia; su padre quería que pasase un invierno en París, y aprovechándose del viaje de una tia suya, la enviaba con ella. Rosario me decía que la ausencia duraría poco tiempo, y contra su costumbre, me hacía muchas promesas de fidelidad, muchos juramentos de amor; me aseguraba que no me olvidaría jamás; me pedía que me cuidase mucho para verla pronto; pero no me decía que hubiese puesto una dificultad á su viaje, ni que éste le desagradara....

Se me cayó el papel de las manos; no sabía lo que pasaba por mí.

En aquel momento se deslizaba por la puerta, jadeante, llena de lodo, con el collar roto y asustada, como si hubiera cometido un crimen y como si ella lo comprendiera, mi pobre *Linda*; entró y se ocultó, mirándome, debajo de aquella silla que era su asilo.

Adiviné lo que había pasado: ni la caza, su pasión favorita, había podido apartarla de mi lado. La llamé, la quité el collar, la limpié con mis propias manos; era la primera vez que la hacía un cariño desde la noche del teatro.

Al llegar á esta parte de la historia no pude ménos de mirar á Fernando y reirme.

— ¿Te ries? — me dijo.

— ¿Qué he de hacer? ¿Y luego?

—Luégo me puse bueno; Rosario se casó en París, y Linda se murió de vieja.  
—Era lo natural. Me parece, sin embargo—le dije á mi amigo—que el alma no se te ha curado todavía.  
—Es posible—me contestó;—pero, sea como quiera, no olvides que las mujeres que tienen celos de todo, hasta del amor de los perros, se conocen á sí mismas.

E. DE LUSTONÓ.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuación.)

CAPÍTULO V.

Blanca.

**A**CABABA de llegar el tren de Andalucía. Los ómnibus de la Estacion subían por la Carrera de San Jerónimo, con direccion á la Puerta del Sol, y la mayor parte de los viajeros asomaban la cabeza por la ventanilla, mirando con curiosidad las casas, única cosa que podían ver, porque las seis de la mañana es la hora en que hay ménos gente por las calles de Madrid, y aun no se ha abierto ningun establecimiento.

De uno de estos ómnibus, que acababa de parar en la Puerta del Sol, bajaron un hombre ya anciano, pero fuerte y ágil, de bondadosa fisonomía, vestido como un rico labrador, y una jóven alta y delgada, de cabellera rubia como las espigas de trigo, y de ojos azules como el cielo en un hermoso día de verano: su tez, que era muy blanca, estaba ligeramente tostada por los rayos del sol, y su traje, aunque sencillo, no dejaba de ser elegante.

Un tinte de melancolía cubría sus facciones, y al saltar del coche lanzó un hondo suspiro, difícil de adivinar si era de satisfaccion ó de pena.

—Vamos, ya estás en Madrid, Blanca—dijo el anciano mientras se dirigían á la fonda del Comercio:—no sé por qué has querido venir conmigo, cuando yo concluiré mis asuntos en ocho ó diez días.

—¡Ay, tío Anselmo, tenía muchos deseos de conocer Madrid!

—Sí, para quien lo crea; tú has venido con la esperanza de ver á ese picarón de Enrique; pues, como yo le eche la vista encima, ya está fresco.

—Pero, tío, si ya no me acuerdo de él....

—Eso debías hacer: no acordarte más de él desde el momento que supiste que se iba á casar con otra; pero las mujeres son tan caprichosas y tan raras, que basta que no las quieran para que ellas se mueran de amor.

—Yo siempre le he querido.

—Eso es lo que siento; pero deja, que ya tendré ocasion de ver á esa señorita. ¿Cómo dijo que se llamaba aquel que nos dió la noticia de su próximo casamiento?

—Mercedes Vargas, tío.

—Pues á la señorita Mercedes diré yo las buenas cualidades del que va á ser su marido.

—No, de ningun modo. ¿Quiere V. hacerla tan desgraciada como soy yo?—Y la pobre niña no pudo contener las lágrimas, y empezó á sollozar amargamente.

—¡Ta, ta, ta! ¿No decía yo? ¡Por vida de..... Vamos, enjuga esas lágrimas, que no las merece ese....

—No, si no es él la causa de mi llanto.

—Será el otro entónces. ¡Bah, bah! No tengas cuidado, que yo le traeré, quiera ó no quiera, á tus piés.

—¡No, por Dios! Lloraré y seré desgraciada siempre, pero Enrique ha muerto para mí.

—¿Sí?.... Pues á fe de Anselmo Gonzalez, que ya verás. En esto entraron en la fonda y pidieron habitaciones.

No era ocasion de ir á ninguna parte tan temprano; así es que tío y sobrina creyeron lo más conveniente descansar hasta las once.

A esta hora el buen Anselmo sacó de su maleta la ropa de los días de fiesta, y tan pronto como estuvo vestido, dió un beso en la frente de su sobrina y salió de la fonda.

Blanca, todavía con los ojos enrojecidos por el llanto, se asomó al balcon á verlo salir, y luégo se quedó detras de los cristales contemplando aquel maremagnum de la calle de Alcalá y Puerta del Sol.

Ya estaba en Madrid, en el mismo punto que Enrique. ¿Dónde estaría él en aquel momento? Tal vez hablando con su prometida y jurándole eterno amor, como en tantas ocasiones se lo habia jurado á ella. Muchas veces latía su corazón con violencia; veía pasar alguno que le parecia él, y maquinalmente iba á abrir el balcon y á llamarle; pero luégo veía que se habia equivocado, y se arrepentía de su involuntario movimiento.

—¿Acaso, se decía, debo llamarle ni hablarle aunque le vea? ¿No ha olvidado todas sus promesas? ¿No ha dejado de amarme?

En esta lucha, y sin moverse del lado del balcon, pasó la pobre niña hasta las tres de la tarde, que entró su tío.

Iba á preguntarle en seguida si habia visto á Enrique; pero se contuvo, y fingiendo tranquilidad, le dijo:

—¿Dónde ha estado V.?

—Por ahí, en mis asuntos—contestó Anselmo.

—Y.... —siguió preguntando Blanca—es muy bonito Madrid, ¿no es verdad?

—Sí, ya le conocía.

—¿Ha visto V. á algun amigo del pueblo?

Anselmo miró fijamente á Blanca, y ésta se ruborizó hasta el blanco de los ojos.

—¿A qué esos rodeos? ¿Estás deseando saber si he visto á Enrique y no te atreves á preguntarlo? Pues no le he visto; ya lo sabes.

—¡No se incomode V., tío!

—¿Yo incomodarme contigo, hija mia? ¡No por cierto! —exclamó Anselmo dulcificando su voz y acariciando las manos de su sobrina.—Ya sabes que desde que te quedaste huérfana yo soy tu único amparo; pero tú eres mi consuelo y mi felicidad. Lo que tengo es ira y mal humor por verte triste y enferma, cuando eres tan digna de ser dichosa.

—Enferma no; estoy buena.

—Si, buena; ¿no veo yo acaso que adelgazas de día en día, que no comes ni duermes, y que vas perdiendo los hermosos colores que ántes tenías?

—Es aprension de V.; tanto, que le iba á pedir que me llevara esta noche al teatro.

—Irémos al teatro, hija mia; pero aquí hay muchos. ¿Qué te gusta más, ópera, zarzuela ó drama?

—¿No habrá periódicos en la fonda?

—¡No ha de haber! Ahora mismo traerán uno.

Pidió Anselmo un periódico, del que se apoderó Blanca, buscando el anuncio de los espectáculos públicos, que empezó á leer con precipitacion.

De pronto se detuvo y palideció: al llegar al anuncio del teatro del Circo habia leído lo siguiente: «La comedia en tres actos de D. Enrique Lopez, *Amor y positivismo*».

Enrique Lopez era el Enrique que tanto habia amado; el que tanto amaba aún; el que le habia jurado una constancia y fidelidad eternas.

—Irémos al teatro del Circo—dijo, haciendo esfuerzos por disimular su emocion.

—Como quieras.

Aquella noche estaba el teatro del Circo brillantísimo; no habia Real, y lo mejor de Madrid se hallaba reunido allí, como día de moda que era.

Blanca y su tío estaban en una de las últimas filas de butacas, y desde allí contemplaban, admirados, tanta hermosura y magnificencia.

Pero poco duró á la primera su admiracion; otro que el teatro y la concurrencia era el objeto que la llevaba. Tenia la esperanza de ver á Enrique, y casi la seguridad de que estaria en el teatro Mercedes.

Desde que entró dirigió con preferencia sus miradas á los palcos, como queriendo adivinar cuál era, entre todas las jóvenes que veia, deslumbradoras de hermosura y de riqueza, la que le habia robado el amor de Enrique.

Sin darse cuenta de la causa, se fijaron sus ojos en una platea ocupada por dos señoras, y no podia apartarlos de allí: su corazón le decía que eran Mercedes y su madre.

Eran éstas en efecto; su corazón no le habia engañado. Y, cosa extraña, al mirar á aquella jóven tan bella, se sentia arrastrada hácia ella por una dulce simpatía, y no podia ménos de murmurar: «¡Qué preciosa es! ¡Tiene razon Enrique en amarla; vale muchísimo más que yo!»

En toda la noche vió entrar á Enrique en el palco, y al concluirse la comedia creia haberse equivocado; pero pronto terminó su duda: al salir del patio, del brazo de su tío, lo primero que vieron sus ojos fué á Enrique, elegantemente vestido, dando el brazo á D.<sup>a</sup> Justa, y á Mercedes delante, adornada con un lindísimo abrigo de la India, con el que estaba encantadora.

Se hallaban muy cerca; pero era posible que Enrique no la viese, distraido en la conversacion que sostenia con doña Justa.

La mano de Blanca apretaba convulsivamente el brazo de su tío, y una densa palidez cubria su semblante.

Anselmo tambien estaba fuertemente excitado; y no pudiendo ya contenerse, al pasar Enrique le dijo con una voz llena de reconcentrada ironía:

—Muy buenas noches, D. Enrique: ¡salude V. á los amigos!

Al sonido de aquella voz volvió Enrique rápidamente la cabeza, y al encontrarse su mirada con las de Anselmo y Blanca, palideció y se detuvo.

Quiso hablar, y la sorpresa le habia sobrecogido de tal modo, que apenas pudo articular algunas frases ininteligibles.

Blanca bajó sus ojos al suelo, y un vivo carmin coloreaba sus mejillas.

Anselmo seguia mirando fijamente á Enrique.

La situacion de éste era por demas comprometida: Mercedes y su madre se habian apercebido de todo, y la desconfianza empezaba á apoderarse de ellas.

Enrique hizo al fin un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo á Anselmo, á tiempo que la gente que salia les obligaba á seguir andando:

—Esperadme, esperadme aquí fuera un momento, que vuelvo en seguida. Y apresurando el paso, salió con D.<sup>a</sup> Justa y Mercedes del teatro.

En el espacio que mediaba hasta el carruaje de la familia de Vargas, nadie pronunció una palabra.

La despedida de D.<sup>a</sup> Justa fué seca; y al darle la mano Mercedes, ni le apretó la suya, ni le dijo con su eco de voz más dulce, como hacia siempre: «Hasta mañana.»

Enrique no sabia lo que le pasaba.

Al partir el carruaje, cruzó por su mente la idea de salir corriendo por la plaza del Rey, aunque le creyeran loco, con tal de librarse de la entrevista con Blanca y su tío.

En un momento acudieron á su imaginacion los días pasados en su pueblo, al lado de aquella; los proyectos que tantas veces habian hecho juntos para el porvenir; sus juramentos de amor; sus cartas apasionadas, y vió su conducta tan indigna, que no es extraño que pensase en huir de la que sólo podia darle amargas quejas y hacerle durísimos reproches.

Pero otra idea le detuvo: el huir era hacerse doblemente criminal, á más de que una fuerza superior se lo impedia.

Volvió, pues, hácia donde estaban Blanca y su tío, como el reo que va por su propia voluntad al suplicio.

Al llegar donde le esperaban aquéllos, siguieron los tres por la calle de las Infantas, sin atreverse ninguno á ser el primero que rompiera el silencio.

Hubieran podido oirse los latidos del corazón de Blanca. Enrique esperaba, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la tormenta que se estaba formando sobre él.

Pero Anselmo no estaba de humor de que se pasara aquella ocasion sin manifestarle todo el disgusto que con él tenía, y le dijo al fin, con la misma ironía con que le habló en el teatro:

—¿Nada tiene V. que decirnos, D. Enrique?

Y como éste continuara silencioso, volvió á preguntarle:

—¿Está V. tan cohibido por su conciencia, que no puede V. hacer uso de esa elocuencia y talento que le distinguen?

Como un relámpago pasó entónces ante la mente de Enrique la idea de que ni Anselmo ni Blanca sabrian tal vez sus amores con Mercedes, y que sólo se referiria el primero á que hacia mucho tiempo que no habia escrito; y repeniéndose á esta esperanza, contestó con cierta volubilidad:

—Es verdad, sí; he sido culpable, hasta cierto punto, en no haber escrito á Blanca en tanto tiempo; pero no por eso me he olvidado de ella, y la amo hoy lo mismo que....

—¡Mentira!—exclamó Anselmo con voz estentórea, que hizo volver la cabeza á todos los transeuntes.

—¡Anselmo!

—Sí, mentira infame—continuó el anciano bajando la voz—¿quiere V. unir la falsía á la perfidia? ¿Cree V. que estamos ignorantes de que va V. á casarse con esa jóven que acompañaba? ¿Qué va V. á inventar para disculpar su conducta? ¿Cree V. que se puede jugar impunemente con el corazón de un ángel como el que la suerte le habia deparado, y sumirla luégo en el desengaño y la desventura? Conteste V.; veamos una vez más hasta dónde llega su auidacia.

—¡Tío, por Dios!—decia Blanca, llorando.

—Déjame, Blanca; deseaba este momento; y ya que ha llegado, no quiero dejarlo pasar sin decir á este caballero lo que merece.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

EL AMOR Y LA VIRTUD (1).

Á M. S. J.

Iba la virtud de huida,  
Tendiendo al cielo su vuelo;  
Te vió, Manuela querida,  
Y dijo..... «¡Cielo por cielo,  
Aquí encuentro mi guarida!  
» Si allí tiene Dios la palma,  
Premio de humanos enojos,  
Aquí hay otro cielo en calma.....»  
¡De entónces vive en tu alma,  
Asomándose á tus ojos!  
Envidia tuvo el amor  
De tan inmenso favor,  
Y murmuró con desvío:  
«Ni una perla de rocío  
Ha de animar esa flor.»  
» Cerca de tí la verás,  
Y su calor buscarás,  
Pero no has de poseerla:  
¡Yo iré alejando la perla  
Donde no llegues jamas!»  
Así dijo en ronco acento,  
Dándote triste quebranto,  
Pero no logró su intento;  
Que las perlas de tu llanto  
Te dan rocío y sustento.  
Dulce caudal atesoras,  
Y de más rico valor,  
Porque esas perlas que lloras,  
Nacidas en el dolor,  
Son mucho más seductoras.  
No son las de amor sencillo  
De vida breve y vulgar;  
Son perlas de eterno brillo.....  
¡Aquellas que dió Murillo  
A su Virgen tutelar!  
En una sola mirada  
Tu historia está bosquejada;  
Un suspiro triste y frio;  
Un imposible..... un vacío,  
Y una fe nunca eclipsada.  
Mira si eres singular,  
Que de tu pecho hizo altar  
Dios mismo en su santo anhelo.....  
¡Si lloras perlas del cielo,  
No te canses de llorar!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Cádiz, Febrero de 1882.



REVISTA DE MODAS.

Paris, 8 de Mayo.

Aguardando la temperatura favorable para llevar los trajes de verano, se hacen todavía muchos de telas de primavera. Así, por ejemplo, el paño llamado de *húsar*, de un azul un poco gris, muy agradable, disfruta ahora de una boga extraordinaria, principalmente entre las señoritas. Se le emplea de dos maneras: enteramente liso, ó guarnecido de tiras escocesas ó género cachemir: la primera es la que yo prefiero; pero, con objeto de disminuir la pesadez del paño, aun cuando sea un paño ligero, se hará la falda de la-

(1) Nuestro apreciable y constante colaborador, el Sr. D. José Jackson Veyan, ha sido nombrado socio de mérito de las Asociaciones literarias gaditanas, Escritores y Artistas y Academia de Ciencias y Artes. Aprovechamos esta ocasion para felicitar á nuestro amigo desde las columnas de LA MODA, que tantas veces ha honrado con su firma.—(N. de la R.)



nilla; la banda que atraviesa, de raso maravilloso del mismo color, y el corpiño, de paño con carteras de raso maravilloso. El corpiño tendrá la forma de un chaqué corto, muy bien cortado, muy ajustado y adornado con *brandeburgos*. Se hace también este género de vestido con falda de tela escocesa plegada á lo largo, y la polonesa, de paño azul recogido muy sencillamente.

La vigoña ligera continúa siendo, como el cachemir, la tela clásica de los trajes de entretiempo, elegantes y sencillos á la vez. Esta tela se combina perfectamente con las sedas de verano. Se hacen, del color preferido, vestidos del género siguiente :

Falda con dos volantes altos plegados; banda ancha, recogida por detras, de seda flexible y del mismo color de la falda, lisa ó listada; corpiño de la misma tela de la banda; chaqueta de vigoña, sin mangas, ajustada en la espalda y debajo de los brazos y abrochada con un solo boton, de manera que deje ver el delantero del corpiño, que figura como un chaleco. La chaqueta va adornada de *brandeburgos*, haciéndosela algunas veces de terciopelo verde oscuro, azul, ó encarnado oscuro, con cordones de oro mate; pero, en tal caso, es demasiado elegante para llevarla cuando se sale á pié.

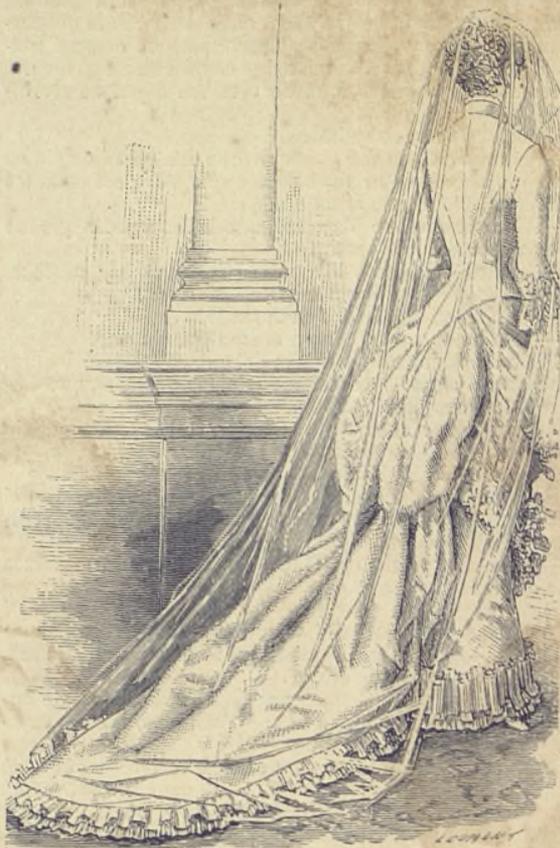
Para salir á pié y en cuerpo por la mañana, el chaqué, género de sastré, distinto ó igual al vestido, continúa siendo la confección preferida.

Se la hace también negra, para llevarla con faldas negras de seda ó lana; pero en tal caso se la adorna con aplicaciones de pasamanería y los eternos *brandeburgos*, que vuelven á estar tan en boga. El traje negro es siempre de buen gusto, económico, cómodo y fácil de llevar. Toda señora debe tener en su vestuario uno ó varios trajes negros, sencillos ó lujosos, como se tiene un manto de capucha ó volantes de encaje; objetos indispensables á las transformaciones más variadas.

Mientras podemos dar la colección de modelos de trajes de verano que estamos preparando, adelantaré á mis lectoras algunas noticias generales sobre la forma y telas de dichos trajes. Las faldas cortas, las sobrefaldas, la banda, siempre graciosa; la polonesa recogida, los cuerpos cerrados y cruzados, con cinturón ó sin él; los lazos *poufs* con enormes cocas y cintas caídas: tales son los principales elementos que compondrán los trajes de verano en lo que se refiere á la forma. Se llevarán menos tableados, reemplazándose con encajes y bordados anchos, puestos de plano ó levemente fruncidos, pues sería lástima plegar ó fruncir los bordados, cuyos ligeros y elegantes dibujos quedarían casi completamente perdidos.

En cuanto á las telas, son por lo general muy lindas este año, habiéndose adoptado en su fabricación casi los mismos dibujos de las más costosas sederías. En el satinete glaseado, por ejemplo, fondo añil, negro, ciruela ó verde oscuro, se han estampado flores grandes de colores vivos, entre las cuales el clavel encarnado ha tenido un éxito incontestable: el ramo de rosas, el pensamiento y el «no me olvides» vienen despues. Los fondos trigo, maíz, *ficelle*, azulado, en los tonos más claros, son preciosos.

Entre los más lindos caprichos, como telas pintadas, merece particular mención el salpicado de figuritas japonesas, con accesorios y adornos japoneses, y las figuras de cotillon, dispuestas y arregladas en grupos y posturas deliciosas: en la orla que guarnece el vestido se repiten las mis-



69.—Traje de desposada. Espalda. (Véase el dibujo 3.)

mas figuras, pero más pequeñas y apiñadas. Se hacen también sombrillas iguales al vestido, lo que no es feo en este género de trajes.

Las sedas flojas y ligeras, como la gasa brochada, los fulares estampados y á cuadritos, y el raso de verano, compondrán trajes enteros ó combinados con el cañamazo, el velo ó la muselina de lana.

Pero volvamos á los trajes del día. Para la parisiense, la suprema elegancia, en los momentos actuales, consiste en ir á las carreras de caballos, al Bosque de Boulogne, ó á visitas, con trajes cortos, de aspecto sencillo, admirablemente hechos, de lanilla fina mezclada de seda, y que valen cuatrocientos ó quinientos francos, sin parecerlo; pero que los valen en realidad por el arte, la esmerada confección y la elegancia de las telas.

La capota *bebé*, enteramente cubierta de flores, es el sombrero indicado para traje elegante de paseo; pero la *calesa* con ala en forma de visera, corta y levantada por detras sobre el rodete, le hace una competencia terrible: ambos se llevan con velos de tul de color, con lunares ó motitas de todos colores: azul, encarnado, verde, morado; las motitas, más oscuras que el fondo; lo cual no es bonito, pero es la epidemia reinante.

Algunas modistas han puesto también á la moda los sombreros de fondo bullonado, de seda igual al traje, ó guarnecidos de los mismos bordados que el vestido, sin perjuicio de las cintas, flores, lazos, etc., que son el adorno ordinario de estos sombreros. Las pajas satinadas de color cambiante no son feas; pero hay que usarlas con moderación. Las pajas Manila y Sumatra siguen siendo las más flexibles y las más elegantes. Otra singular manía, y que sólo menciono como una curiosidad, es el introducir en la composición de los sombreros unos pedazos de tela turca, de aspecto bien ajado; tela de algodón bordada de lentejuelas y lanas de colores, que una modista de fama ha tenido la habilidad de poner á la moda, arrugándola y dándole una forma caprichosa entre sus ágiles dedos. La fantasía de las modistas parisien- ses no tiene límites, y no me extrañará que el día menos pensado nos presenten unos sombreros de papel fruncido y recortado, que serán acogidos por la mayoría de las señoras como el *non plus ultra* de la elegancia.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.685.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.ª edición de lujo.)

*Traje de visita.* De moaré color aceituna amarillento y *armure*, con dibujos japoneses de dos matices, azul muy oscuro y azul muy claro, con cifras color de aceituna. El corpiño es de moaré color de aceituna, así como la falda corta, la cual va guarnecida en su borde inferior de un volante de encaje de Toscana (blanco y un poco grueso). Cuatro volantes iguales cubren el paño de detras. El delantero de la falda va guarnecido de dos bandas de *armure*. Debajo de la segunda (la de arriba) va puesta á cada lado una *quilla* de moaré, que separa el delantero del paño de detras. Esta segunda banda forma *pouf*. Las mangas llegan hasta el codo. Todos los volantes de encaje descansan sobre volantes de moaré.

*Traje de velo color marfil, con florecillas de colores.* Corpiño-blusa sujeto en la cintura con un cinturón, y guarnecido, en su borde inferior, con dos encajes blancos, que forman aldetas. El delantero de la falda va dividido en tres partes, que forman como cascos de melon por medio de fruncidos perpendiculares, que se repiten tres veces. El borde inferior del vestido va guarnecido de dos hileras del mismo encaje blanco. *Paniers* echados hácia atrás, y peto plegado de *su-rah* color marfil.

Recomendamos á nuestras Señoras Suscriptoras la casa MARTIRIO y C.ª, proveedora de S. M. y AA. RR. (Preciados, 8, principal, Madrid), donde se acaban de recibir elegantísimos sombreros, modelos de las primeras casas de París, así como un variado surtido de flores, plumas, cintas, gasas, tules, flecos, agremanes, puntillas, encajes, *golas*, etc., y, en general, cuantas novedades en adornos de vestidos y sombreros han creado recientemente las principales fábricas extranjeras. Lo arreglado de los precios, que compete con la novedad y la excelencia de los artículos de esta recomendable casa, contribuirá, á no dudarlo, á asegurarle las simpatías de las señoras.

PARIS. Corsets pour les Modes actuelles. — M<sup>mes</sup> de Vertus sœurs, 12, rue Auber. — Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

El OLEOCOME de E. COUDRAY, perfumista en París, 13, rue d'Enghien, conserva por un tiempo indefinido el cabello y le da un brillo y una flexibilidad incomparables. No es extraño, pues, que su inventor haya obtenido en la última Exposicion Universal de París las más altas recompensas por todos los productos de su casa. (Véase el anuncio en el lugar correspondiente.)

GEROGLÍFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

**VINAGRE DE TOCADOR**  
DE  
**JEAN-VINCENT BULLY**  
67, calle Montorgueil, en Paris  
MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES  
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputacion universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distincion y suavidad de su perfume, sino también á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, además, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiario.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

**EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO**

**VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO**

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa, Paseo de San Vicente, 20.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Leroy imp Paris

*André Loubouze*

Nº 1685

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Administracion Carretas. 12.ª pral

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain 115. r. de la Paix. Paris.*

*Couture-Rigente. B. & Corset Anne d'Autriche de M. de Vertueux. Paris.*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA